

HISTORIA  
DEL  
DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA  
DE YUCATAN

---

LIBRO PRIMERO  
EL DESCUBRIMIENTO.

---

CAPITULO I.

Primera vislumbre de la existencia de Yucatán.—Encuentro del Almirante Colón con mercaderes yucatecos en la isla Guanaja.  
Isla Rica.—Juan Díaz de Solís y Vicente Yáñez Pinzón descubren la costa sureste de Yucatán.

El 11 de Mayo de 1502,<sup>1</sup> se hacía á la vela, en la bahía de Cádiz, el Almirante de las Indias Don Cristóbal Colón, emprendiendo su cuarto y último peregrinaje por los ignotos mares de América, y el 29 de Junio del mismo año, anclaban sus cuatro navíos, la Capitana, el Santiago de Palos, el Gallego y la Vizcaína, frente al puerto de Santo Domingo, en la isla de Haíti, la antigua Española, gobernada entonces por el Comendador Mayor de Alcántara, Frey

<sup>1</sup> Las Casas asigna el 9 de Mayo de 1502 como día de la partida de Colón. *Historia de las Indias*, tomo III, capítulo V.

Don Nicolás de Ovando. Quiso el Almirante entrar al puerto para refrescar la tripulación de sus buques, y también con la idea de resguardarse de la tempestad que ya preveía iba á estallar dentro de poco; pero Ovando, que había recibido órdenes secretas de la Corte,<sup>1</sup> objetó que las disposiciones reales prohibían permitir al descubridor de América el penetrar á la isla de su mando, porque, según decía, estando marcado á Colón su itinerario en las instrucciones reales, no debía separarse de él, sino seguirle estrictamente. Ciertas ó no las órdenes reales, no dejó de contrariar á Colón este contratiempo, pues que la tormenta se aproximaba, y talvez pensaba que no tendría tiempo para acojerse á otro puerto. Perdida toda esperanza de modificar la resistencia de Ovando, se dió de nuevo á la vela, no sin antes dar prudente aviso al duro gobernante que con pretextos más ó menos falaces faltaba á las reglas más triviales de humanidad y de derecho marítimo. Noble y generoso en sus sentimientos, advirtióle la conveniencia que había en retardar, á lo menos ocho días, la salida de la flota que iba para Cádiz, entretanto pasaba el huracán que esperaba, y cuyo siniestro presagio había acertado á distinguir; pero Ovando, que no tenía en grande aprecio la opinión del Almirante, desoyó ligeramente su consejo, de lo cual después se arrepintió mucho. Cristóbal Colón, con mayor experiencia de las cosas del mar, se retiró á Puerto Escondido, y allí permaneció hasta que, pasada la tempestad, que en efecto sobrevino como había previsto, pudo continuar su viaje el 14 de

<sup>1</sup> Las Casas, op. cit. tomo III, pág. 29.

Julio de aquel mismo año, tan aciago para España, por haberse perdido aquella soberbia escuadra con las inmensas riquezas que llevaba para Cádiz y que con tanta imprudencia había Ovando lanzado á la mar, á pesar del aviso de Colón.

Serenado el tiempo, tomó el Almirante el derrotero del sur. Destinado parecía este hombre heroico á luchar perpétuamente no sólo con los hombres, sino también con los elementos; y así, apenas había emprendido de nuevo su camino, cuando los vientos se desataron recios y procelosos, las corrientes se presentaron contrarias, las lluvias molestaron de continuo, y la temperatura variada é inconstante puso á prueba el ánimo varonil de los navegantes. Vagando casi sin rumbo fijo, y más á merced de los vientos y de las corrientes que á voluntad de los pilotos, llegaron los navíos, el 30 de Julio de 1502, á una isla rodeada de varios islotes en el golfo de Honduras. Era la isla Guanaja que brotaba de en medio del mar, verde y risueña, con su vegetación de altos y frondosos pinos que desde lejos se distinguían. Don Bartolomé Colón fué encargado de reconocer aquella tierra y de tomar posesión de ella en nombre de la corona de Castilla. Dos lanchas se botaron al agua competentemente equipadas, y, en tanto que se dirigían á tierra, se divisó por el poniente una embarcación, á manera de galera veneciana, que á todo remo parecía caminar hacia la isla Guanaja. Cambiando inmediatamente de propósito, el Adelantado Colón se detuvo, esperó á la embarcación que venía hacia la costa, y, al aproximarse, la cercó con sus dos lanchas, y se apoderó de ella sin resistencia. No tuvo poca sorpresa: era una

gran canoa de ocho pies de ancho, muy larga y de una sola pieza: un cobertizo de petates sostenido por estacas fijadas en ambos lados de la embarcación ocupaba el centro de ella y resguardaba la carga y pasajeros de las injurias del sol y de la lluvia. Evidentemente, era aquella una canoa mercante, pues que llevaba gran copia de mercancías, como mantas de algodón, hachas de cobre, espadas mejicanas, utensilios de barro, y cacao de muy buena calidad. Veinticinco hombres la tripulaban, y también había algunas mujeres. Los hombres llevaban anchos ceñidores en la cintura, y las mujeres se cubrían pudorosamente con mantas tejidas de algodón. Don Bartolomé Colón no pudo menos que presumir que de seguro pertenecían á algún pueblo civilizado y culto que no lejos de allí tenía sus hogares, y se apresuró á llevarlos á bordo de la Capitana para presentarlos á su hermano. El Almirante se mostró lleno de complacencia y los recibió con halagos y agasajos de toda especie, empeñándose en averiguar de dónde venían, qué objeto traían y de dónde eran originarios. Sociables y francos los indios correspondieron con gestos y palabras de amistad; pero, por más que se esforzaban en hacerse comprender, los españoles quedaron completamente en ayunas, y lo más que pudieron penetrar fué que volvían de un país rico que se escondía en los mares del poniente, que desde entonces comenzó á conocerse con el nombre de Isla Rica, y que después resultó ser la península de Yucatán.<sup>1</sup> Obsequiólos

<sup>1</sup> Las Casas, *Historia de las Indias*, tomo III, pág. 109.—Pedro Mártir Angleria, *De orbe novo*, dec. I, libro X, cap. IV.—José María Asensio, *Cristóbal Colón*, tomo II, pág. 453.

el Almirante con diversas baratijas, les devolvió su embarcación, y, después de visitar la isla Guanaja, que encontró poblada por indios flecheros de buena estatura, conservó consigo un anciano llamado Guimbé para que le sirviese de intérprete en sus exploraciones ulteriores.

Tal es la primera noticia que los europeos tuvieron de la existencia de Yucatán. Si Cristóbal Colón, en vez de seguir la derrota del sudoeste, se hubiera dirigido al poniente ó hacia el noroeste, habría anticipado algunos años el descubrimiento de la Península; pero, ocupado en buscar el estrecho que comunicando, á su juicio, los océanos, debía llevar á las Indias, dejó á un lado la tierra yucateca y se internó en las costas de Honduras, dejando reservado á otros marinos visitar por primera vez las playas de Yucatán. No obstante, desde el 30 de Julio de 1502, Yucatán podía colocarse en el catálogo de los países descubiertos; su existencia estaba revelada; se sabía ya que por el poniente había un pueblo rico y culto; la Isla Rica debía en adelante enardecer la imaginación de los aventureros, y era cuestión de un poco más de tiempo que el país fuese conocido perfectamente. Esto no podía tardar, atendido el espíritu emprendedor de los marinos españoles y la cercanía de las colonias ya establecidas, cuyos límites eran cortos para la ambición y atrevimiento de sus nuevos pobladores: Santo Domingo estaba ya perfectamente organizado y los españoles se ocupaban en acabar de dominar la poca resistencia que encontraron en los indígenas; ponían ya sus ojos en Cuba, y tras de la conquista de Cuba debía venir infaliblemente la de Yucatán.

Los descubrimientos de nuevas tierras se hacían cada vez mas frecuentes, impulsados por el espíritu reinante de la época que arrastraba á los españoles á buscar riesgos y peligros, si trás de ellos encontraban honras y riquezas. Los puertos de España, sobre todo los del Sur, estaban sin cesar poblados de gente que ansiaba por alistarse ya en los roles de los buques, ya en los cuerpos ó batallones que se dirigían al nuevo mundo, ya por último en las expediciones que se proyectaban para descubrir nuevas tierras, á ejemplo de Colón. La cancillería española estaba atestada con peticiones de autorización y privilegios para descubrir y conquistar los países de América.

Entre tales expediciones se encuentra la que emprendieron Juan Díaz de Solís y Vicente Yáñez Pinzón el año de 1506<sup>1</sup>, que tuvo por objeto continuar los descubrimientos de Colón en su último viaje. Saliendo de España, vinieron á recalar á las Islas Guanajas, y de allí se dirigieron hácia el poniente y se entretuvieron en reconocer el Golfo de Honduras. Entonces fué cuando llegaron á la costa oriental de Yucatán, si bien, como no la pudieron reconocer en su totalidad, juzgaron que este país era isla y no parte del continente americano. Viniendo del oriente, reconocieron una bahía que á la izquierda terminaba en la costa de Honduras y por la derecha en la costa de Yucatán, y le diéron el nombre de Gran Bahía de Navidad. Volvieron luego al norte y reconocieron parte de la

<sup>1</sup> Herrera, *Decada I*, libro VI, capítulo XVII.—Las Casas, *Historia de las Indias*, tomo III, pág. 200.—Washington Irving, *Compañeros de Colón*.—Roselly de Lorgues, *Vida y viajes de Colón*, tomo III, pág. 709.

costa oriental de Yucatán; pero, arrepintiéndose de su primer propósito, retrocedieron hacia el sur y enfrentaron con el Golfo Dulce y las Sierras de Carria, y quedó con esto retrasado el reconocimiento perfecto de Yucatán.